

El ser humano es uno de los bichos más tenaces y más adaptativos que existen en el planeta. Nuestra capacidad para acomodarnos a lo que toque es absolutamente legendaria. Ya lo dice un viejo refrán: Que Dios no te mande todo lo que puedas aguantar. Porque, en efecto, podemos aguantar cosas inauditas.

Hace años entrevisté a la fotógrafa Christine Spengle, y me contó un recuerdo de la guerra civil de Líbano que me impresionó. Caían las bombas sobre Beirut, llovía la muerte sobre la popular plaza de Nijmeh, pero en cuanto terminaban las explosiones, antes aún de que se disiparan el humo y el polvo, ya aparecían en la plaza los vendedores de varas de nardos. La vida se hace un lugar aunque tenga que disputárselo a la muerte. La interminable guerra de Líbano duró 15 años y medio, pero los habitantes de Beirut siguieron comprando varas de nardos y aprendieron a sacudir el polvo de las flores.

Hay un emocionante párrafo del escritor húngaro Imre Kertész, premio Nobel de Literatura, que martillea mi cabeza desde que lo leí. Kertész fue internado a los 15 años en el campo de exterminio de Auschwitz; mucho tiempo después, recordando aquella experiencia terrible, escribió: “Pese a la reflexión y al sentido común, no podía ignorar un deseo sordo que se había deslizado dentro de mí, vergonzosamente insensato y sin embargo tan obstinado: yo quería vivir todavía un poco más en aquel bonito campo de concentración”. Una frase taladradora, iluminadora: aquel adolescente estaba tan lleno de ganas de vivir que consiguió acostumbrarse al infierno.

A medida que he ido envejeciendo he ido siendo más consciente de la increíble capacidad de supervivencia que tiene el ser humano. Lo he visto una y mil veces: individuos que lo pierden todo y quedan convertidos en un moco en el suelo, y que, sin embargo, consiguen insuflar un esqueleto a esa masa emocionalmente viscosa, ponerse en pie y, para colmo, volver a ser felices. Esta capacidad adaptativa nos ha hecho triunfar como especie de tal modo que nos hemos convertido en una suerte de virus para el planeta. No hay más que ver las imágenes de los otros animales recuperando alegremente el espacio que los humanos les habíamos quitado (hay un vídeo de un jabalí caminando tan pancho por Alcobendas, en Madrid) para darnos cuenta de hasta qué punto somos una especie tirana e invasora para las demás. Pobres bichos: nuestro regreso va a ser un trauma para ellos.

La adaptabilidad, en fin, tiene también su parte negativa en la corta distancia. Ya está dicho que nos acostumbramos a todo, y a veces ese todo es demasiado. No me refiero en absoluto a Kertész: él se jugaba la vida. Me refiero a tolerar relaciones sentimentales nefastas, o abusos de amigos tóxicos, o maltratos laborales. Tenemos una tonta tendencia a convertirnos en sufrido bicho bola que no conviene fomentar. Pero, fuera de eso, ser capaces de soportarlo todo, de levantar la cabeza y tirar para adelante, es una prueba de resistencia formidable. Confiamos en nosotros mismos: dentro de unos meses nos habremos acostumbrado a esta pandemia y estaremos mucho mejor. Incluso seremos capaces de hablar de otra cosa. La vida siempre se abre paso y es luminosa.

RESUMEN

Los seres humanos son capaces de adaptarse a todo, incluso a las situaciones más duras. Pero esta adaptabilidad puede ser peligrosa porque conseguirá que estos resistan en la Tierra aunque su presencia perjudique a otras especies. También es peligrosa a nivel social, pues ciertas personas podrían soportar malos tratos. Aun así, tiene su parte positiva ya que las personas van a ser capaces de adaptarse a la crisis que nos ha tocado vivir.

ADECUACIÓN, COHERENCIA Y COHESIÓN

Nos encontramos frente a un texto cuyo tema principal es la adaptabilidad del ser humano. Presenta la clásica estructura tripartita. La introducción abarca el primer párrafo, donde presenta el tema; el desarrollo comprende los tres párrafos intermedios donde da ejemplos y el último párrafo corresponde a la conclusión, en él presenta la tesis, por lo que es un texto inductivo.

Es un artículo de opinión que pertenece al género periodístico y a la modalidad argumentativa. Emplea un tono emotivo y reflexivo y un registro formal y su intención es hacernos ver que superaremos la pandemia. Se puede observar la presencia del emisor en el uso de la primera persona “entrevisté”, “me refiero”, “nosotros mismos”... La mayoría de las oraciones son enunciativas y la función del lenguaje predominante es expresiva. En cuanto al léxico valorativo se puede apreciar, sustantivos valorativos como supervivencia, bichos y adjetivos calificativos como legendaria, pobres...

El campo semántico principal es el de la adaptabilidad y abarca palabras como: muerte, aguantar, especie, bichos, soportar, vida... Se pueden apreciar algunos sinónimos como aguantar y soportar, y antónimos como vida y muerte. Hay un deíctico en el primer párrafo donde “lo” hace referencia a “que Dios no te mande todo lo que puedas aguantar”. Por último, los conectores son: y, en fin, sin embargo, pero... Por lo tanto, es un texto cohesionado en su uso del lenguaje, coherente en su estructura y adecuado a la situación comunicativa.

COMENTARIO CRÍTICO

El primer examen de Matemáticas de este curso me regaló un ataque de ansiedad tan duro que creí que me iba a ser imposible terminar el examen. Contra todo pronóstico y para mi sorpresa, entregué los folios rellenos y sentí una satisfacción que solo puede proporcionarte el haberte adaptado a una situación que creías imposible.

A poco que pensemos, es lógico que nuestra adaptabilidad sea mucho mejor que la del resto de animales, por la simple y sencilla razón por la que nos diferenciamos en todo lo demás con los animales: la inteligencia. Esta nos permite crear estructuras sociales complejas y, en términos científicos, cuantas más componentes tenga un sistema más variables susceptibles al cambio habrá. En cristiano, los humanos somos tan complejos que siempre estamos cambiando y por ello la naturaleza nos otorgó el don de la adaptabilidad, porque lo íbamos a necesitar.

Ahora, la autora afirma que esta adaptabilidad es lo que nos ha convertido en una plaga para el planeta. Pero discrepo totalmente, pues no es el hecho de poseer la adaptabilidad el que nos lleva al “lado oscuro”, sino los valores más humanos que conocemos: la envidia, la codicia y la vanidad. La evolución “nos regaló” el poder de transformarnos con las situaciones pero no hemos sabido hacer uso de ellos y cada día estoy más convencida de que la naturaleza humana no atiende a razones. Por ello, y esto es una aportación totalmente subjetiva, de vez en cuando Dios, la casualidad o la ciencia nos envía una pandemia mundial a modo de recordatorio de que tenemos pendiente darle un buen uso a nuestro gran potencial.